

Faint, illegible text in the top section of the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text in the middle section of the left page.



Faint, illegible text in the lower middle section of the left page.

Faint, illegible text in the bottom section of the left page.



## ETICA Y VIDA

Por **Juan Rafael Bravo**

Los progresos tecnológicos de la época moderna han minimizado el concepto del hombre. Para la técnica, el ser humano es bien distinto del concepto que el hombre tiene de sí mismo. La economía puede concebir al ser humano como un factor de producción; la bioquímica entiende al ser humano como un complejo de reacciones físico-químicas; la misma psicología experimental concibe al hombre como un complejo de tendencias opuestas empeñadas en prevalecer las unas sobre las otras. En todo caso, el hombre verdadero es un ser totalmente distinto del que es objeto de estudio por parte de las ciencias y de la técnica.

La filosofía es la ciencia que se ocupa en nuestra época de revelar la verdadera naturaleza del ser humano, y hacer consciente en el hombre que su ser íntimo, auténtico, es muy distinto del que es objeto de estudio por parte de la ciencia. Así, es curioso observar cómo todas las tendencias filosóficas de nuestros días comienzan por afirmar que son fundamentalmente un humanismo: "El existencialismo es un humanismo", "La fenomenología es un humanismo", "El marxismo es un humanismo", son algunos de los títulos de nuestra literatura filosófica contemporánea. El Papa propone en su encíclica "El desarrollo de los pueblos" la necesidad de desarrollar un humanismo integral en los siguientes términos".

"Es un humanismo pleno el que hay que promover. ¿Qué quiere decir esto, sino el desarrollo integral de todo hombre y de todos los hombres? Un humanismo cerrado, impenetrable a los valores del espíritu y a Dios, que es la fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero al fin y al cabo sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano".

Ahora bien, todos los humanismos contemporáneos parten de una idea central: el hombre es un ser, el único ser, que no está totalmente hecho; lo que él sea depende de lo que haga durante su vida. Ortega sintetiza esta idea básica del humanismo

contemporáneo diciendo: "a todo hombre le ha sido dada su vida, pero no le ha sido dada hecha". En el hombre ciertamente la existencia es anterior a su esencia, en el sentido de que lo que el hombre sea depende fundamentalmente de la forma como haya vivido.

Existe, además, otra idea básica en el humanismo contemporáneo, consiste en la captación de la importancia del tiempo para el hombre. Es un hecho evidente que el hombre dispone de un determinado tiempo para hacerse a sí mismo. El fin de ese tiempo que le ha sido dado para realizarse está marcado por la muerte. De ahí que la muerte sea un elemento integrante de toda vida humana. ¿Cómo integran los hombres la muerte dentro de sus propias vidas? Los seres humanos, que quieren exonerarse de su responsabilidad de ser hombres, anticipan la muerte en sus vidas y, hacen de éstas simplemente un ámbito de terror, de miedo a realizar completamente su existencia. Los existencialistas, sean religiosos o no, conciben la vida como la única oportunidad que tienen para hacerse a sí mismos. Los existencialistas religiosos hacen de su vida una vía para abrirse a Dios; los existencialistas ateos hacen de su vida un medio para afirmar su propia libertad, que es su propia ausencia de ser, su propia nada.

De la necesidad de hacerse su propia vida y de la limitación que el hombre tiene para hacérsela, surge la necesidad vital de la ética. Ya que al hombre no le es indiferente hacer ésto o aqué- llo, puesto que tiene necesidad de acertar en su vida, de aprovechar su única oportunidad, tiene que pensar en el bien y el mal. Es precisamente en este punto donde los humanismos se separan radicalmente.

Existen, a grandes rasgos, dos formas fundamentales de concebir el bien; para unos el bien está en lo que el hombre hace; para otros está en la forma como lo hace. Llámase al primer sistema el realismo ético y al segundo el formalismo ético.

El formalismo ético fue iniciado por Kant y prosigue en nuestros días con el movimiento existencialista. Para el formalismo, la bondad de los actos humanos no radica en éstos mismos, sino en la forma como el hombre los realiza. Para Kant fundamentalmente era la docilidad a la voz de la conciencia, la obediencia al deber, lo que hacía los actos humanos, buenos o malos. Para los existencialistas de nuestros días la bondad fundamental de los actos humanos depende de la libertad con que éstos se realicen; para cada situación en que el hombre se encuentra es preciso que invente una salida; en la originalidad de esa invención es donde se debe encontrar la bondad del acto humano. Naturalmente, para el hombre es importante la forma como se comporte, pero no puede ser indiferente el resultado mismo de sus actos, ya que todo lo que los hombres hacen forma parte integrante de la realidad social en que vive. Posible-

mente el mayor mal del formalismo ético consiste en que conduce al aislamiento de los hombres, a la pérdida del sentido de la solidaridad humana. Es fácil, por el camino del formalismo ético, hacer de la existencia de cada cual un problema puramente personal, en donde todo depende de la originalidad y de la libertad con que se elige la salida de las distintas situaciones.

Para el realismo ético, por el contrario, el bien de los actos humanos está en el contenido de ellos mismos. ¿Cuál es ese patrón objetivo que determina que los actos sean buenos o malos? Dos son fundamentalmente las respuestas a este interrogante. La filosofía de los valores cree en la existencia de esencias que son valiosas para el hombre, y que éste debe ir captando, ingresando a su existencia, realizando su vida. Los valores de que se trata son captados por los seres humanos por medio de una intuición inmediata; saben del bien y del mal porque así se lo dicen sus sentimientos. Esta concepción de la filosofía del valor es inequívocamente la misma concepción platónica del bien. Platón concebía el mundo como una copia defectuosa de las esencias, realmente existentes en un cielo más allá del mundo que nos es dado conocer a los hombres. Hildebrand claramente reconoce que la filosofía de los valores está fundada en el platonismo. Dice así:

"Para Platón existe el bien, la idea de bondad, que es la fuente de toda bondad. Cualquier cosa es buena por participación de esta bondad. La bondad trasciende todo ser singular que es bueno. Pero para Aristóteles no existe tal bondad absoluta trascendente, sino sólo una perfección inmanente de un ser. Cuando tratamos de un valor, en el más típico sentido de la palabra, es decir, un valor moral o estético, la perspectiva platónica es mucho más correcta; pero cuando se trata de un valor ontológico, parece más correcta la visión aristotélica". ("Ética Cristiana". Capítulo X).

Para el tomismo la razón del bien está en la finalidad de los seres. Cada ser ha sido creado con un determinado fin y a ese fin está orientado por Dios que es el autor de la creación. El Creador dirige a los seres hacia su fin por medio de las leyes naturales, físicas, químicas o biológicas, cuando se trata de seres que no están dotados de razón y de libertad, y dirige a los seres humanos hacia su último fin por medio de la ley moral que ellos deben obedecer libremente. Esta ley moral es conocida por los hombres a través de su conciencia, que les indica antes de toda enseñanza, qué cosas son buenas y qué cosas son malas. La ley moral es además una emanación de la ley eterna y es consiguiente inmutable, imperecedera, e inderogable, puesto que tiene su origen en la naturaleza misma de Dios.

Para los marxistas el fundamento del bien está simplemente en la costumbre impuesta por la sociedad a las conciencias de los hombres. La sociedad, en cada momento histórico, sabe qué

cosas son convenientes para el desarrollo del grupo como tal y dicta, en forma de mandatos moralmente obligatorios, aquellas cosas que cada uno de los integrantes del grupo debe observar para un mayor desarrollo y progreso de la comunidad de que se trata. Marx dice en la "Crítica de la Economía Política":

"No es la conciencia humana la que determina la manera de ser de los hombres; sino al contrario, es su manera de ser social la que determina su conciencia".

En esta materia, pues, el marxismo se encuentra muy próximo del tomismo. La diferencia, desde luego fundamental, está en que para los marxistas no existe Dios, su filosofía es totalmente materialista, y en cambio para los tomistas la ley es una emanación de la naturaleza de Dios.

El mayor problema que existe con relación a la inmutabilidad de la ley moral consiste en que aparentemente ésta inmutabilidad es contradicha por la historia. Hubo un tiempo, en el Antiguo Testamento, en que la poligamia y el divorcio eran permitidos; posteriormente, después del cristianismo la poligamia y el divorcio se consideran inmorales. Hubo un tiempo en que se consideraba que todo hogar debía tener el mayor número de hijos posibles, porque cualquier acto encaminado a limitar el nacimiento de hijos era una forma de negar la Divina Providencia respecto de los hombres; hoy día está universalmente aceptado que es legítimo reducir el nacimiento de hijos y la discusión versa simplemente sobre los medios que son lícitos para hacerlo.

La doctrina tomista ha sido oscurecida porque entre Santo Tomás y nosotros se interpone el llamado casuismo ético, que consiste en el intento de condensar en casos todas las experiencias posibles de un hombre en su vida. El casuismo es hijo del racionalismo, que aspiraba a resolver en fórmulas perfectamente lógicas todas las situaciones vitales del hombre. Santo Tomás estuvo perfectamente consciente del problema, y así distinguió dos formas de aparecer la ley moral a los hombres; una en forma de conclusión lógica, rigurosa, absoluta y otra, en forma de determinación empírica, variable, relativa. El ejemplo que Santo Tomás pone sobre el particular es muy ilustrativo. Dice que, cuando un arquitecto va a construir una casa, de poco le sirve deducir lógicamente el concepto de casa; lo que el arquitecto necesita para hacer la casa es incorporar en una forma sintética-constructiva todos los elementos necesarios para la construcción de la misma, tales como materiales, estilos arquitectónicos, resistencias, etc. (tomado de "Ética Concreta" de Werner Schollgen).

José Luis Aranguren pone en términos modernos esta teoría de Santo Tomás en la siguiente forma: "el contenido de la ley natural se va descubriendo lenta, laboriosa, históricamente a través de la experiencia". ("Ética", Capítulo X).

Por consiguiente, nunca es posible encontrar una norma moral totalmente dada. Hay algo que intuimos; pero, ¿cómo concretar el contenido de la ley natural en cada uno de los momentos de nuestra vida? Esa búsqueda es una labor a la cual no podemos renunciar. La experiencia moral es absolutamente genuina, indelegable. En cada momento histórico, en cada sociedad concreta, existe una serie de problemas y preocupaciones que el hombre debe solucionar sin buscar evasiones al problema real, ni delegar en otras las posibles soluciones.

Surge finalmente otro problema del mayor interés, que consiste en saber cómo hace el hombre para apropiarse del bien que debe realizar en su vida. Evidentemente el hombre se realiza a sí mismo a través de sus actos; pero sus actos no son en ninguna forma entidades aisladas, sin antecedentes ni consecuencias. Cada uno de los actos que el hombre realiza en un momento dado tiene una conexión vital con el pasado, e induce a una determinación futura. En otros términos, el hombre se encadena a sí mismo al desarrollar hábitos que se llaman vicios o virtudes, según su contenido.

Jacques Leclercq es posiblemente el autor contemporáneo que más ha acentuado la concepción de la vida ética del hombre como un todo. Dice así:

"Hay una falsa concepción de la moral, concepción que sólo considera los actos en particular; la vida se reduce entonces a una serie de actos independientes los unos de los otros, que se pueden examinar uno a uno, como si formaran entidades independientes. Los actos dependen todos los unos de los otros. La vida del hombre forma un todo y la vida moral no escapa de esta ley. Cada uno de nuestros actos lleva en sí el peso de toda nuestra vida". (Las Grandes Líneas de la Filosofía Moral).

Aparentemente el secreto de la vida ética consiste en desarrollar hábitos virtuosos que faciliten la práctica del bien. Sin embargo, la virtud, para ser verdaderamente tal, no puede convertirse en un automatismo. Solo la superación constante es verdaderamente virtud. Aquí se encuentra la importancia de la ética existencialista. El hombre no hace el bien simplemente realizando actos buenos: es necesario además que en cada momento actúe con autenticidad, con valor, con calor vital.